

EL ESPECTADOR (Tomo VI), por *José Ortega y Gasset*.—*Revista de Occidente*, Madrid, 1927.

Ortega y Gasset se ha esmerado en el año que corre en mostrarse prolífico a sus innumerables admiradores de todos los continentes. Varios son los libros que ha lanzado en el breve espacio de no más de ocho meses. Ojeemos el último que nos llega: el tomo sexto de «El Espectador».

Tiene Ortega y Gasset condiciones maravillosas para la ocupación que ha escogido. Posee una vista clarísima, aguzada tanto para los matices más delicados de las cosas como para los grandes contrastes del mundo en torno. Y tiene, sobre todo, una admirable, una insuperable capacidad disectora. No ve sin analizar; no deja fluir la vida sin detenerla y desmenuzarla, como para arrancar de ella todo lo puede tener de soterrado y, por tanto, de valioso.

El tomo sexto de «El Espectador», más fragmentario que los anteriores, tal vez, no es menos importante. En él leemos un artículo «Dios a la vista», que es una joya de ironía; unas divagaciones sobre el fascismo que nos parecen acertadísimas en el intento de fijar un carácter que no todos los observadores del fenómeno italiano han encontrado: el fascismo emplea para mantenerse en el poder medios revolucionarios, contrariamente a los anteriores gobernantes de hecho, que llegados al gobierno han creado una nueva legalidad para suplantar a la antigua que habían vulnerado... Y muchas otras páginas, en fin, llenas de pensamiento, cargadas de egregio contenido, pero siempre aliñadas con soberana pulcritud, esmaltadas de metáforas bellas y aderezadas con un ritmo casi voluptuoso de la frase, que embriaga como un vino.

Prematuro es consagrar a un escritor que apenas ha llegado a la cuarentena, pero no se nos tachará de indiscretos si aseguramos que el que calificó a Ortega y Gasset de «la única posibilidad de filósofo» que tenía la España contemporánea, sabía lo que decía.